

HAMANN, J. GEORG, *Recuerdos socráticos y Aesthetica in nuce* (traducción y prólogo de J. Rafael Hernández Arias). Madrid: Hermida Editores, 2018.

José Alejandro Fernández Cuesta
Universidad Complutense de Madrid

Autor decisivo en la historia de la filosofía y, no obstante, hoy en día marginal, Johan Georg Hamann, también conocido como *El Mago del Norte*, es presentado a los lectores de habla española a partir de la primera traducción de sus dos opúsculos *Recuerdos Socráticos* y *Aesthetica in Nuce* por parte de Hernández Arias, quien nos describe a Hamann como el filósofo que fue, precisamente, capaz de fijarse «en las sombras que proyectaba el siglo de las luces»¹. Su pensamiento se estructuró en el auge de la Ilustración alemana en polémica con quienes izaban por bandera una racionalidad pura, no ya como punto de partida sino, sobre todo, como meta a proseguir en los desarrollos últimos del propio filosofar. Decir que Hamann fue un simple reaccionario al movimiento ilustrado alemán sería una reducción simplista, no ya por obviar la complejidad misma del autor sino, precisamente, por pasar por alto la de la Ilustración misma. Ésta no debe ser entendida como un todo homogéneo filtrado por la visión sistematizada y académica que hoy en día acostumbramos a manejar, sino que en su fuero interno, incluso las más de las veces, resultó ella misma indiscutiblemente contradictoria: las diferencias que se dieron entre los propios miembros de la Ilustración han sido compensadas, en los anales de la historia de la filosofía, por los novedosos principios que dieron a la corriente una unidad substancial propia. Podríamos decir que el sustrato adherente consistió en un optimismo cimentado, a su vez, en el indefinible –o, lo que es lo mismo, ilimitable– progreso de la humanidad capaz de materializarse necesariamente en una filosofía de la historia secularizada, en una búsqueda de leyes universales de la naturaleza visibles solamente para los ojos de la razón; en un proyecto *ilustrado*. La filosofía a la que Hamann se enfrenta racionaliza el mito reclamando que *theologia ancilla philosophiae*.

La presente edición consta de la traducción de los dos opúsculos con un doble aparato crítico: las notas del propio Hamann así como las

[1] (p. 12).

explicaciones del traductor. Inicia el volumen un prólogo a modo de contextualización que se divide en varias partes: en la primera se presenta la obra de Hamann, en la segunda se detalla su biografía, en la tercera se introducen los dos opúsculos y, en la cuarta, se recoge la influencia que el autor causó tanto directa como indirectamente. Finalmente, especificaciones sobre la presente edición –fuentes, materiales de apoyo y demás cuestiones de índole más bien filológica– así como una selección bibliográfica.

Crítico con su propio estilo como adelanto a las réplicas contemporáneas, Hamann compondrá, no obstante, una ilustración de la Ilustración en sus escritos a través del uso de un estilo oscuro y, no obstante, necesario para reflejar el holismo experiencial que el lenguaje ilustrado rompe, para él, con su metodología analítico-sintética al violar arbitrariamente el todo que fue creado en unidad. La mera forma escrita de Hamann constituye ya, en sí misma, un intento de emancipación de la esclavitud absolutista de la racionalidad más acuciante en aquellos tiempos. Así pues, siendo la razón algo mutable en tanto que ligada necesariamente a los propios individuos –a sus circunstancias–, la mera fórmula *reinen Vernunft* no será sino una expresión hipócrita. Esto será lo que fundamenta la idea, sostenida por Isaiah Berlin, de que en Hamann se encuentra el embrión del existencialismo moderno. Concluyendo que las leyes ilustradas son contingentes y el poder divino ilimitado, la obra del Mago del Norte pasa por asumir que nada puede quedar fijado en la eternidad y que, necesariamente, la única fuente de conocimiento será la revelación mostrada a través de la naturaleza y la historia. Dios, que es poeta y no geómetra, se comunicará entonces a través de la historia –al contrario que el Dios «autista» del deísmo– de forma que la Filosofía de la Historia secularizada no implicará otra cosa más que la pretensión de llevar a cabo una domesticación de Dios: de la verdad en fuga.

En *Aesthetica in Nuce* se explicita la necesidad de llevar a cabo una *nueva ciencia* estética al estilo de Bacon y, por tanto, en constante diálogo con él. Se trata de un texto de madurez que, alternando ironía y drama, eleva la concepción que tiene Hamann acerca del lenguaje al punto de exigir una nueva constitución estética de corte cristiano. La ironía socrática, tomada como criterio exegético de la creación –por cuanto el mundo es producto de una ironía divina–, es elevada a principio filosófico en este texto de carácter profundamente dramático. El análisis del propio título es ya revelador de las pretensiones del autor por cuanto *aesthetica* refiere tanto al sentido baumgartiano como al artístico centrado en el estudio de la belleza: el artista es quien se adentra en los secretos de la bella naturaleza divina, como el poeta en

el verso y, en último término, como el propio Hamann –que buscará en su expresividad misma un mayor acercamiento a la verdad revelada–. *Recuerdos Socráticos* es el texto que supone el debut del filósofo, con apenas veintinueve años, a través de un original y elaborado ataque a la Ilustración que entonces le rodeaba; personada en sus amigos Berens y Kant. Tal vez quepa detenerse un poco más aquí.

El texto comienza con una doble dedicatoria: a *nadie* y a *dos*. *Nadie* es como se refiere al público, lo cual explicitará mediante una cita de Persio –poeta conocido por su oscuridad expresiva y por ello predilecto de Hamann–. Es precisamente ese público –*nadie*– quien hará de intermediario en la propia dedicatoria a *dos* –Berens y Kant–. Mediante constantes metáforas y paráfrasis bíblicas sin explicitar –una constante a lo largo de toda la obra– se estructurará, ya desde la propia dedicatoria, la crítica a la Ilustración como punto de partida de un texto que no pretende ser una historia biográfica del filósofo ateniense, sino una crítica tanto a Berens y Kant en tanto que miembros paradigmáticos de la Ilustración alemana –logrando, no obstante, que el tono en el cual se dirige a ellos no deje de ser en ningún momento afectivo–, como al propio público receptivo acrítico, a partir de la figura de Sócrates con especial atención en aquello a lo que se dedicaba: lo mismo a lo que pretende aquí dedicarse Hamann. Con no poca ironía dirá que *nadie* no es más que un «falso ídolo» y Kant y Berens «un par de adoradores»² rendidos a él –y no al verdadero conocimiento–. Lo que aquí se pretende, y esto queda claro desde un comienzo, es escribir sobre Sócrates haciendo una completa declaración de intenciones filosófica: escribir sobre Sócrates de forma socrática.

Tras la dedicatoria llega la introducción. En ella se critica la metodología seguida por los historiadores de la filosofía contemporáneos y se recoge la necesidad de cambiar el enfoque hasta entonces practicado. Los ejercicios eruditos o intelectualistas de los sabios universales impiden tener en cuenta los matices de los tiempos, de los pueblos, e imposibilitan el tomar conciencia de que hubo hombres divinos entre los paganos; hombres consagrados como intérpretes por el cielo y destinados entre su pueblo a la misma vocación que tuvieron los profetas entre los judíos. Se anticipa, ya en la primera parte de la obra, el porqué del estudio de la figura de Sócrates desde un sentido formal. El sentido material supondrá el propio desarrollo del texto.

Hamann, que basa su conocimiento de Sócrates sobre todo en las obras de Platón y Diógenes Laercio, por cuanto a fuentes clásicas se refiere, termina su introducción aludiendo a la figura de Simón el curtidor –tra-

[2] Ibíd. p. 48.

dicionalmente considerado el primer autor de diálogos socráticos respecto de los cuales, el mismo Sócrates, tal y como narra Diógenes Laercio en su libro tercero, llegaría a reconocerse más que en los propios de Platón—. Hamann se lamenta exclamando que ojalá pudiera acercarse a Simón el curtidor en lo que al entendimiento de su propio maestro se refiere, esto es, el entendimiento de Sócrates.

La primera sección plantea la contradicción del oráculo de Delfos. ¿Cómo puede ser que quien reconoce de sí mismo que no sabe nada resulte ser el hombre más sabio? ¿Quién miente, Sócrates o el oráculo? A partir de constantes referencias bíblicas, aplicadas análogamente a Sócrates, Hamann anota a pie de página³ una ilustrativa cita de Plinio —«que la firmeza de los presagios está en nuestro poder, y que poseen validez en la medida en que los aceptamos [ostentorum vires in nostra potestate esse, ac prout quaeque accepta sint ita valere]»— que utilizará para desmarcarse de la perspectiva del filósofo moderno, para el cual esta contradicción no entraña más que un simple cuento de niños.

Si en la primera sección se estudia la famosa máxima delfica y se pone en relación con la idea de la ignorancia socrática planteando la contradicción teórico-nuclear de la filosofía misma, ahora se buscará salida a tal aporía ahondando en la parte que fue enunciada por Sócrates. El texto continúa con otra metáfora: así como quien no tiene pertenencias, quien no tiene nada, es torturado y tachado de estafador por el acreedor y el ladrón, quien nada sabe lo será por el indiscreto y el receloso. Con cierto humor Hamann apunta como, además, el orgullo necio del rico *polihistoriador* despreciará a ambos: tanto a quien nada tiene como a quien nada sabe. El Mago del Norte proporcionará en esta segunda sección las que para él son las claves que permiten entender la aparente contradicción esbozada más arriba. Para alcanzar a comprender cuál es el sentido de la ignorancia socrática convendrá pensar en un hipocondríaco que no tenga, de hecho, la enfermedad de que se aqueja. La ignorancia socrática será, pues, la hipocondría misma, pero nunca la enfermedad de la que se lamenta el propio paciente. Hamann toma la ignorancia en Sócrates como sensibilidad [*Empfindung*] y, en ese sentido, realizará, mediante una conexión sensibilidad-fe, una lectura cristiana del paganismo. Esta ignorancia proto-cristiana entendida como sensibilidad socrática facultará a Hamann para llevar a cabo una crítica a sus contemporáneos, ora falsos escépticos, ora racionalistas ilustrados, utilizando, además de otros muchos recursos, citas del

[3] (p. 63).

propio Hume –autor que volteará en una lectura fideísta contra sus enemigos racionalistas–.

En la tercera y última sección todas estas cuestiones se desarrollan analizando la biografía del propio Sócrates repleta de paralelismos bíblicos hasta concluir, en un breve pero intenso epílogo, que la verdad anidó en el paganismo y encontró una continuidad en el cristianismo. Que no hubo una sino dos revelaciones: la judía y la pagana. Que es necesario socratizar la filosofía.